

**bam
bú**



**El regalo
del río**
Jesús Ballaz

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S.A.

© 2006, Jesús Ballaz
© 2006, Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustraciones interiores y de la cubierta: Sebastià Serra

Primera edición en rústica: diciembre de 2013
ISBN: 978-84-8343-300-3
Depósito legal: B-25215-2013
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S.L. - Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



Había una vez un hombre tan aficionado a la caza que, mientras perseguía a sus presas, se olvidaba de todo.

Aquel día sus perros habían avistado un ciervo. Siguiéndolo sin descanso, el cazador se separó de quienes lo acompañaban y se perdió en el bosque.

Cuando se dio cuenta de que se estaba haciendo de noche, ya no se veían bien los caminos y no sabía cómo regresar a su casa.

Aventuras parecidas les habían ocurrido antes a muchos cazadores apasionados, pero a nadie se le había ocurrido narrarlas. No estaríamos contando ahora ésta si ese hombre no hubiera sido el rey.

El rey cazador aún se inquietó más cuando se acordó, ya demasiado tarde, de que su esposa estaba

a punto de dar a luz a su primer hijo. Entonces se arrepintió de haber salido a cazar aquel día y maldijo por un momento esa maldita afición que le hacía olvidarse de todo, incluso de lo más importante.

Empezó a buscar afanosamente la salida del bosque. Su empeño fue inútil. El sol ya se había precipitado al otro lado de las montañas. Sin su luz, resultaba imposible seguir un camino.

Pero entonces, como si todavía hubieran quedado algunas de sus brasas encendidas en algún lugar de aquel bosque, vio un hilillo de humo blanco que se elevaba por encima de los árboles.

Se dirigió hacia él.

Desde cierta distancia, vio con sorpresa que el humo procedía de una humilde y pobre cabaña.

Se acercó. Dudó si llamar o no. Era el rey y su orgullo lo frenaba. No sabía cómo lo recibirían, pero necesitaba que lo auxiliaran.

Por fin, se decidió a pedir ayuda.

Llamó. Un hombre se asomó a la puerta. Era un leñador. Llevaba un pañuelo en la cabeza. Su barba revuelta y dura de varios días revelaba que era un hombre rudo. Lo miró con cierta desconfianza.



–Me he perdido, buen amigo –dijo el recién llegado–. ¿Podría indicarme el camino que he de seguir para salir del bosque?

–¿A estas horas?

–Siguiendo a un ciervo, me he olvidado de que tenía que regresar –dijo el cazador–. Además, para mi desgracia, se me ha escapado.

–Es muy complicado encontrar la salida por la noche. Tendría que acompañarle yo mismo.

–¿Por qué no me hace ese favor?

–Hoy no puedo ausentarme de mi cabaña ni unos minutos.

–Le daría una gran recompensa.

La autoridad con la que el hombre había pedido al leñador que lo acompañara y su distinguido porte le dieron a entender que era una persona importante y poderosa. Sin embargo, el leñador no supo adivinar, ni siquiera por el escudo grabado en sus armas, que aquel hombre era el rey.

–Compréndalo –le explicó–; no me puedo marchar. Nuestro hijo está a punto de nacer. ¿Cómo voy a dejar sola a mi mujer en este momento? Mañana, en cuanto amanezca, le acompañaré.

El rey tuvo que aceptar la cena que le ofreció aquella gente hospitalaria y el lecho de hierbas que le preparó.

Su habitación, de toscas paredes de madera, estaba al lado de la sala central de la casa. En medio de ésta ardían sin interrupción troncos de roble. A pesar de carecer de las comodidades de su castillo, estaba tan cansado que se durmió al momento.

El leñador y su mujer se quedaron velando junto al fuego a la espera de que naciera el niño.

A medianoche se oyeron ruidos. El rey se despertó. Estaba aturdido, pero vio luz en la habitación donde el fuego seguía vivo. A través de una rendija, vio que el bebé ya había nacido. Todo había sido tan rápido y silencioso que no había oído nada.

Ya no pudo conciliar el sueño. Pensaba con cierto remordimiento en su esposa, que podría estar pasando por una situación parecida.

El leñador andaba de un lado para otro. Parecía muy agitado. Se golpeaba la cabeza, salía y entraba de la cabaña, sollozaba... La madre del recién nacido, en cambio, yacía quieta y con los ojos cerrados.

Poco a poco el rey se fue dando cuenta de la tragedia que se había abatido sobre aquella familia. La mujer estaba muerta.

Aparecieron entonces dos ancianas. El leñador salió al bosque llorando desesperado.

Una de las mujeres sostenía en sus manos dos velas encendidas. Se oía su incesante cuchicheo. Ambas permanecían inclinadas sobre el bebé, expresando su compasión y su cariño:

–Pobre niño, nunca conocerá a su madre –dijo una.

–Tendrá que ser valiente y enfrentarse a grandes peligros –susurró la otra. Su voz parecía el eco de un suave suspiro–. ¿Logrará librarse de todos ellos?

Y la primera, con voz segura, respondió:

–Los superará. Lo ayudaré, si es necesario. No lo abandonaré. Estoy viendo que tendrá un futuro esplendoroso. En su frente puedo leer que se casará con la hija del rey.

El rey, que seguía la conversación a través de la rendija, se enfureció. Tuvo que morderse los labios para no replicar. ¡Aún no había nacido su hija y ya estaban decidiendo su futuro! ¡Quién era esa vieja para atreverse a decir tal cosa! Se contuvo para no dar a conocer su identidad.

«Si tengo una niña, por nada del mundo permitiré que se case con el hijo de un leñador», pensó.

Sin embargo, las palabras de la anciana lo dejaron tan turbado que no logró dormir. Durante el resto de

la noche estuvo pensando en cómo evitar cuanto antes que las palabras de la mujer se cumplieran.

Tenía que empezar a actuar ya. Estaba dispuesto a hacer todo lo posible para que aquel presagio que había oído no se hiciera realidad.

Al amanecer, el leñador estaba abatido y desconsolado por la muerte de su esposa. Parecía muy preocupado. ¿Cómo podría cuidar de un niño tan pequeño?

–Nunca hubiera imaginado que esto podría suceder. ¡Estábamos tan contentos esperando la llegada de nuestro hijo! –repetía.

El rey intentó consolarlo. Sin embargo, seguía pensando en la escena que había visto por la noche. Le atormentaba. La recordaba como una amenaza.

Aquellas dos viejas habían desaparecido. El leñador tampoco habló de ellas. Sin embargo, él quería saber quiénes eran.

Una, la que se atrevió a predecir el futuro del niño, parecía una mujer enérgica. Además, hablaba

con el aplomo de quien lo sabe todo, como si fuera un hada.

A la otra sólo la vio de espaldas. Se movía como una sombra. Se la veía tan débil que no parecía de carne y hueso.

–Le acompañaré hasta esa colina. Desde allí le indicaré la salida del bosque –dijo el leñador a su huésped, testigo de su desgracia.

El rey lo vio tan preocupado que intentó rechazar su propuesta, pero el leñador ya había echado a andar. Caminaba deprisa, en silencio y sin volver la vista atrás. La desgracia le impedía moverse con serenidad.

Cuando llegaron al lindero del bosque, se detuvieron. Antes de despedirse, el rey le dijo:

–Le va a costar mucho criar a su hijo. ¿Quién lo va a alimentar? Además, tendrá que dejarlo solo en la cabaña mientras va a trabajar –calló un momento y después le hizo una sorprendente propuesta–. Si quiere, yo me ocuparé de él. A cambio le daré todo el dinero que desee.

El leñador dudó. No quería dejar a su hijo en manos de nadie. Tampoco era avariento ni ambicionaba riquezas.

Pero aquel hombre parecía honrado y rico. Podía ayudarles a su hijo y a él a salir del paso. Nunca ha-

bía imaginado no criar directamente a su hijo. Pero estaba viviendo una tremenda adversidad. ¡Era por el bien del niño!

–De acuerdo –aceptó con gesto desesperado–. Estoy seguro de que usted es una persona buena que cuidará de él.

–En cuanto llegue a mi castillo, mandaré a alguien para que recoja al niño.

Los dos hombres se despidieron con un abrazo. El del leñador era emocionado e iba acompañado de llanto y de lágrimas. El del cazador –para el padre del bebé se trataba sólo de un cazador aunque, al parecer, muy noble– era calculado y ocultaba la traición.

En aquellos momentos de turbación, el humilde hombre del bosque no atinó a preguntarle quién era o no se atrevió a hacerlo.

Al regresar a casa, el rey se encontró con la grata sorpresa de que su mujer había dado a luz aquella misma noche. Había nacido una hermosa niña.

De repente le dolió no haber estado presente en tan gran acontecimiento. Su pasión por la caza había hecho que se perdiera la que tal vez habría sido la mejor experiencia de su vida.

–No me perdonaré nunca haberte dejado precisamente ayer –le dijo a su mujer.

Ella estaba tan contenta con la niña que no le reprochó su ausencia. Pero el rey no parecía tan radiante. Al ver a aquella blanca y luminosa niña, su rostro se le nubló pensando en el hijo del leñador. Cualquiera que hubiera visto la expresión de su



semblante habría sospechado que no estaba contento con el nacimiento de su hija.

Llamó enseguida a un criado de su confianza, le entregó una bolsa repleta de dinero y le dijo:

–Sube al caballo más veloz y galopa hacia el bosque, más allá del río. Ve lo más rápido que puedas. Allí encontrarás una cabaña. En ella vive un leñador que acaba de tener un hijo. Entrégale este dinero y él te dará un niño. Pero no vengas aquí con él. Cuando regreses, ahógalo en las aguas del río.

«¿Ahogarlo?», pensó el criado, sorprendido por aquella espantosa orden de su señor.

–Si no lo haces, serás tú el que muera.

El jinete montó a caballo y se alejó velozmente, sin dejar de pensar horrorizado en lo que el rey le había ordenado. Pero, mientras cabalgaba, comenzó a pensar en la manera de no cumplir los deseos del rey.

Brillaba el sol; no había ni una nube sobre su cabeza, pero a él le parecía un día sombrío y triste.

Se adentró en el bosque y anduvo buscando afanosamente hasta que dio con la cabaña de la que el rey le había hablado. El leñador estaba solo con el niño. Ya habían enterrado a su mujer.

–Vengo a cumplir el pacto que hizo con mi señor
–le dijo el criado.

Le entregó el dinero que el rey le había dado y se llevó al niño.

El padre tiró a un rincón la bolsa de monedas y se echó a llorar amargamente. Ni siquiera quiso salir de la cabaña por no asistir a la dolorosa despedida. Le resultaba tan desgarrador ver partir a su hijito...